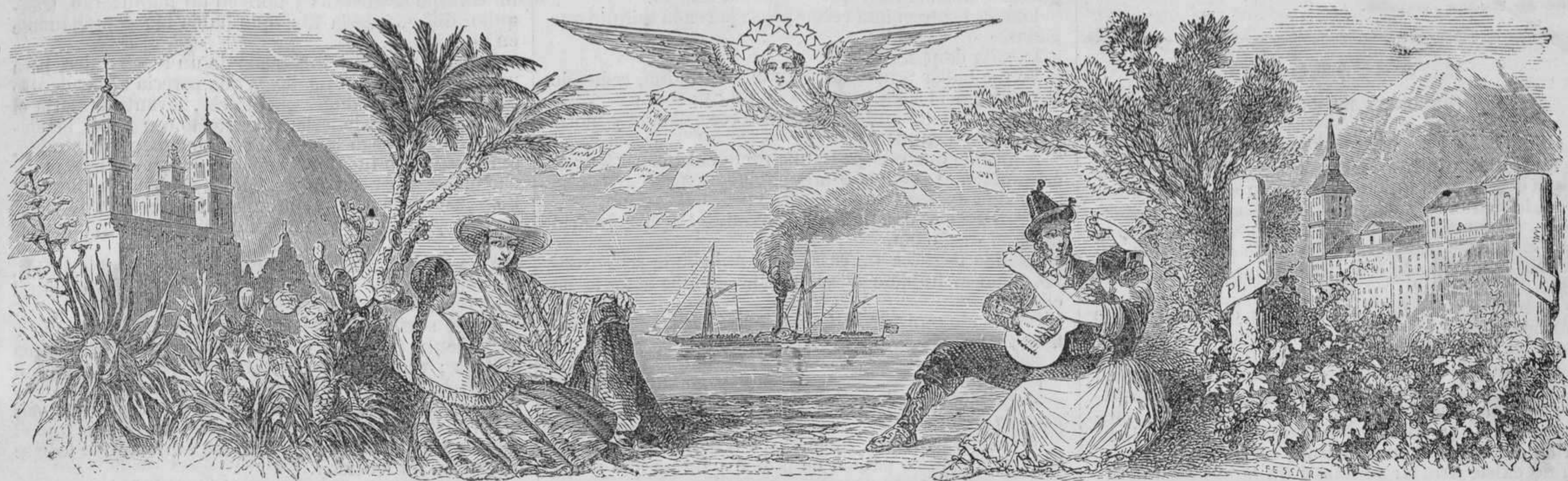


EL CORREO DE ULTRAMAR

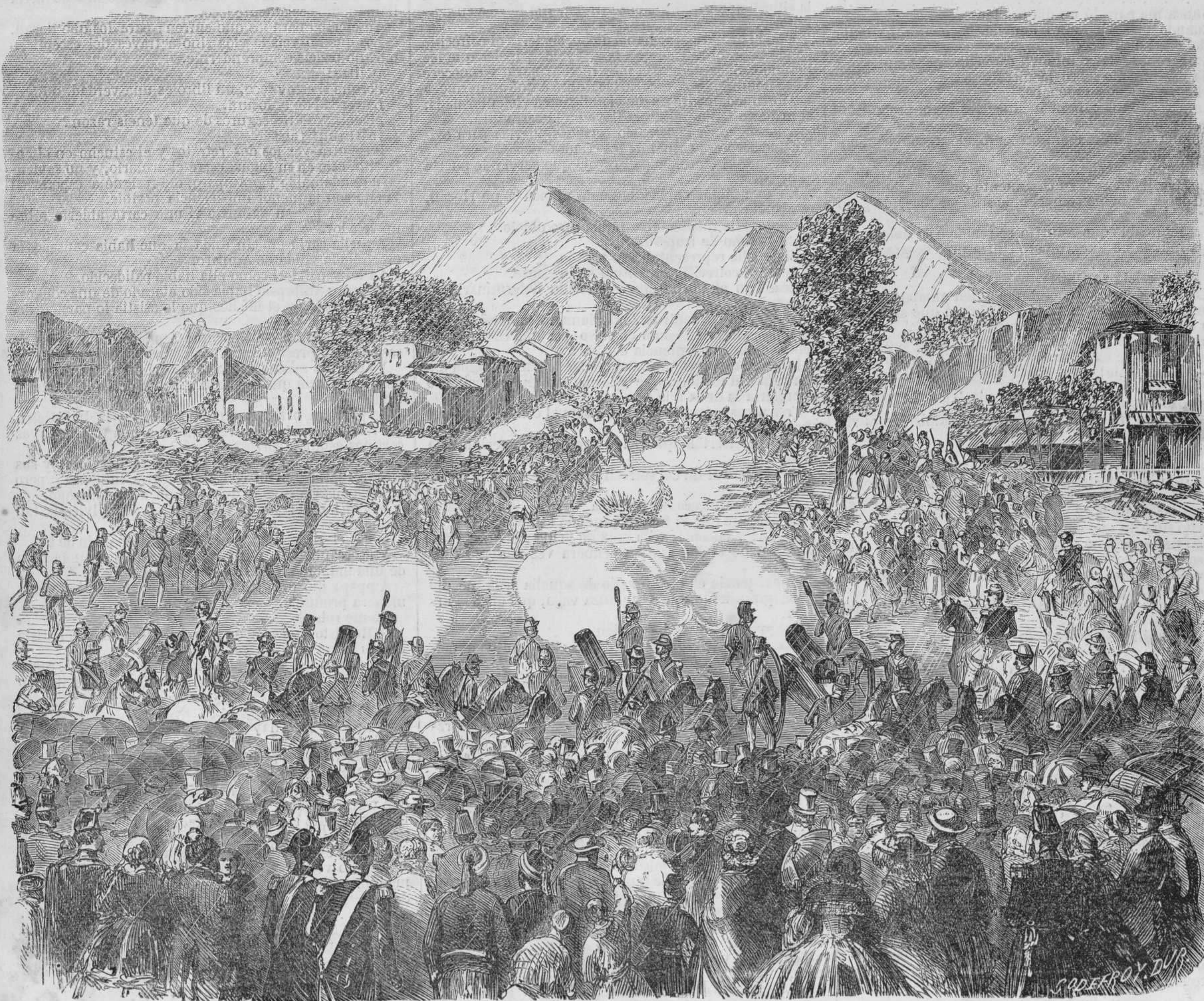
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

Año 16. — Nº 245.



Fiesta del 15 de agosto de 1857. Pantomima militar ejecutada en el teatro del Campo de Marte.

— Necesito que me expliques, me dijo, ciertas cosas que no comprendo bien. Desde que has vuelto de tu extraño viaje eres otro.

— ¿Otro?
— Sí por cierto. Antes sufrías; ahora no sufrés; antes no tenías ni fe ni esperanza; ahora... Luis, yo veo en tus ojos otra vida... Luis, tú has encontrado la felicidad que buscabas... yo quiero saber la causa de tu felicidad.

Amparo tenía menos paciencia que yo, y pasaba la primera el límite que tácitamente nos habíamos señalado.

Quise facilitarla el camino adelantándome á ella.
— Te engañas, Amparo, la dije; yo no soy feliz bajo el punto de vista que tú crees.

— ¡Oh! sí, sí: yo no me engaño, me respondió.
— Pues te has estado engañando hasta ahora: por mejor decir, yo he sabido engañarte.

— ¡Tú!
— Sí.
— ¡Cómo!

— Tú no has conocido mis celos.
— ¡Tus celos! ¡amas acaso!
— Sí, con toda mi alma, con toda mi fe, con todo mi entusiasmo.

Y la rodeé un brazo á la cintura.
— ¡Oh! ¡qué es esto! ¡Dios mío! exclamó Amparo levantándose pálida como un cadáver.

— Mis celos son justos, dije fingiéndome desesperado: tu amor hacía un ser misterioso te hace horrible toda demostración de amor por mi parte.

Amparo continuaba de pié aterrada, muda, pálida, fijando en mí una mirada llena de ansiedad, de temor, de duda, ávida, dolorosa, suplicante, llena de impaciencia.

Yo la atraje á mí y la senté sobre mis rodillas sin que ella opusiese resistencia; inclinó la cabeza sobre el pecho y luego la alzó, me miró destellando de sus magníficos ojos negros un fuego casi divino, y me dijo con las manos puestas sobre mis hombros con la boca entreabierta, los labios trémulos, embriagándome con el perfume de su aliento:

— ¡Luis, Luis! ¡ten compasión de mí!
Y luego reclinó la cabeza sobre mis hombros y rodeó sus frescos brazos á mi cuello.

— ¡Yo te amo! la dije con voz opaca y ardiente rozando con mis labios sus mejillas.

Amparo se estremeció y rompió á llorar.
— ¡Te amo, continué, no sé desde cuándo! Me parece que te he amado toda mi vida, que te amaba antes de nacer.

Amparo se estrechó mas contra mí.
— He callado porque debía callar; he sufrido cuanto he podido sufrir; pero ya no puedo sufrir mas porque tengo celos.

Amparo levantó su cabeza de sobre mis hombros y me miró con una expresión triste, grave, solemne, á través de sus lágrimas.

Luego me dijo con una voz opaca y reconcentrada:
— ¡Celos tú! ¡celos por mi amor y celos de otro hombre! ¡Esto es horrible! ¡esto no puede ser!

Fué para mí tan inesperada esta exclamación de Amparo, que me estremecí, y brotaron á mis ojos sin duda todos mis enamorados deseos, porque las mejillas de Amparo se coloraron, y pasó por sus labios una indicación de sonrisa inefable.

— ¿Con que yo lo soy para tí? añadió; ¿con que has sufrido y has callado y has mentido, como yo he sufrido, mentido y callado? ¿Con que por una obcecación mutua hemos estado á punto de ser los mas desgraciados de la tierra?

— ¿Pero ese hombre? ¿ese hombre á quien amas? ¿ese imposible de tu deseo?...

— Ese hombre eras tú, me dijo exhalando en un grito inmenso toda su alma y dejándose caer abandonada y trémula entre mis brazos.

— ¡Oh! ¡qué feliz soy, añadió sollozando de placer; ¡Dios y tú!

La memoria es un don funesto.
¡La memoria que nos trae en la desgracia el encendido recuerdo de la felicidad perdida!

¡Oh! ¡la memoria!
¡Si Satanás no tuviese memoria, no estaria condenado!

Después de esto habia en el manuscrito que me habia entregado mi amigo el loquero del hospital de Zaragoza, algunas hojas rasgadas.

Púsome de muy mal humor esta laguna que aparecia de repente, como en la parte mas interesante de la historia de aquel pobre loco; y tanto mas, cuanto en algunos girones de hojas que habian quedado adheridas, se leian algunas frases que demostraban que Luis no habia sido muy feliz después de su matrimonio.

Pero para subsanar en cierto modo esta falta, quedaban íntegras mas allá de las hojas rasgadas, algunas otras escritas con seguridad, y aun nos atreveremos á decir con reflexión, en estado de razon completa.

He aquí aquellas páginas:

He despertado de un largo sueño.
No sé cuánto tiempo ha durado mi sueño.

Pero ha debido de ser largo.
Me he encontrado en una prision.

Esto es: en un pequeño aposento, cuya puerta demasiado fuerte, tiene una rejilla espesa, y al que da luz

una ventana con reja que corresponde á un jardín abandonado.

En este aposento he visto algunos muebles modestos y una cama de forma extraña, inclinada, y á lo largo de cuyas maderas hay algunas correas.

Estas correas demuestran que algunas veces ha habido necesidad de sujetar en aquel lecho á la persona que en él durmiese.

Estando ese lecho en mi aposento, ó yo en el aposento donde está ese lecho, claro es que la persona á que alguna vez se han visto en la necesidad de sujetar soy yo.

¿Y porqué razon ha podido haber esa necesidad de sujetarme?
Yo no me acuerdo de nada.

Tengo un recuerdo confuso de una noche en que bebí demasiado, en que me excité demasiado, en que ardia mi cabeza, en que me parecia sentir dentro de ella un vacío doloroso.

Recuerdo que entonces tenia yo veinte y cuatro años; que era desgraciado, porque la vida era para mí monótona; porque me habia hastiado de todo.

Recuerdo que yo buscaba una vida artificial en los excesos, en el abuso de los licores fuertes.

He debido pasar mucho tiempo sin la conciencia de mi existencia, ó mejor dicho, el período de mi existencia cuyos sucesos no recuerdo, ha debido de ser largo.

Porque me he mirado á un espejo que tengo aquí colgado en la pared, y me he encontrado viejo, enfermo, horriblemente demacrado, con todas las señales de la tisis.

He encontrado sobre mi mesa un manuscrito; manuscrito mio: no puedo dudar de ello.

Ese manuscrito me ha dicho que he estado loco, que he soñado.

Que he vivido muchos años entregado á una pesadilla dolorosa y que despierto para morir.

He recobrado indudablemente la razon.
Al entrar un hombre con mi comida, me ha mirado con asombro, y me ha llamado «señor duque.»

¡Con que ha muerto mi pobre tío!
¡Con que es verdad lo que dice ese manuscrito!

¿Quién sabe?
He preguntado acerca de mí mismo, acerca de mi tío, y nada ha sabido contestarme el director del establecimiento.

Un día me trajeron aquí, porque estaba enteramente loco.

Un curador, nombrado judicialmente, ha cuidado de mis bienes, porque yo no tengo parientes.

He mandado llamar á ese hombre.
— ¿Qué sabe Vd. de la causa de mi locura? le he preguntado.

— Nada puedo contestar á V. E., me ha respondido, sino que fué recogido de las calles públicas por donde V. E. discurría diariamente perdida la razon: ningun pariente se presentó á reclamar la curaduría de V. E. como demente, y esa curaduría se me ha conferido por providencia judicial: V. E. ha recobrado la razon, y estoy dispuesto á darle cuentas.

— No se trata ahora de eso. ¿Soy yo viudo?
— Lo ignoro, señor: en Zaragoza se sabe únicamente que un día llegó V. E. en una silla de posta, procedente de Madrid, á la fonda de las Cuatro Naciones, en donde tomó el mejor aposento: en el pasaporte de V. E. constaban su nombre y su título: muy luego se comprendió que V. E. estaba gravemente enfermo: al cabo su enfermedad se agravó: lo que antes era una monomanía tranquila, se convirtió en una locura furiosa, y fué preciso...

— Bien, bien: pero para reconocer mi título y mi nombre debió identificarse mi persona.

— Si señor.
— ¿Y no consta en las diligencias judiciales mi estado?

— No señor.
— ¿Y nadie me conocia en Zaragoza?

— No señor.
— Pues bien: es necesario que Vd. ú otra persona de confianza vayan á Madrid; yo daré á Vd. ó á esa persona cartas para mis antiguos amigos. Necesito saber un período de mi historia que durante mi enfermedad he olvidado.

Este hombre, que es un honrado propietario aragonés, ha partido para Madrid.

Pero me temo que cuando vuelva...
Esta tos seca, lenta, sin esfuerzo...
Me he visto obligado á guardar cama.

¡Amparo!
¡Una mujer formada por la educación, sostenida por la virtud, por lo exquisito de su sentimiento!

Esta mujer debe haber sido un sueño mio.
Esta mujer no ha existido.
Ha sido un hermoso sueño de primavera.

Una horrible pesadilla de verano.
¡Esa mujer!
¿Y si ella hubiera existido?

¿Si no hubiera sido el sueño de un loco sediento de amor?
¡Oh! ¡qué horrible desgracia!

He rasgado la parte mas dolorosa de ese sueño ó de esas Memorias.
La he rasgado y la he quemado temeroso de volver á la locura si leo mucho ese fragmento horrible.

Pero su recuerdo está fijó en mi memoria.
Un día entré yo en mi casa, como suele entrarse por casualidad, sin ser notado.

En el gabinete de mi mujer hablaba un hombre.
Uno de mis mayores amigos.
Pretendia una cosa horrible.
Pretendia que ella me hiciera traicion.

Yo maté á aquel hombre.
Le maté como mata un caballero á un infame que le ha ofendido.

En duelo, con peligro de mi vida.
Todo esto ha debido ser un sueño.

¡Pero qué sueño tan horrible!
Y si no ha sido sueño, ¡qué verdad tan aterradora!

Parece que Dios me ha dicho:
«Tú dudaste de mí, y me negaste al cabo.»

» Yo tuve compasión de tí, y te envié en Amparo un ángel de redención:
» Después te sujeté á una prueba;
» Te hice sufrir una injuria;
» Tú no supiste perdonar la injuria, y levantaste tu mano armada contra un hombre y le mataste;
» Tú no eres merecedor de la felicidad.
» El ángel que yo te habia dado vió sangre humana en tu frente y se horrorizó de tí...
» Y el horror le mató.
» Le mató como un tósigo lento.
» Y el hijo, el hermoso hijo que el amor de Amparo te habia dado, privado de la ternura de su madre murió tambien...
» Y tú enloqueciste.
» Y como Cain el maldito fuiste separado de tus hermanos.»

Si esto ha sido verdad... ¡oh Dios mío! tu justicia ha sido severa; severa é implacable.

Si ha sido un sueño, ¿para qué me has dado ese ardiente sueño, Dios mío, ese sueño escrito por mi mano, que me hace dudar, que me envuena el alma?

¿Será acaso ese sueño un castigo á mi impiedad, á los impuros desórdenes de mi juventud?

¡Cuánto tarda ese hombre que ha ido á Madrid!
Me siento cada día mas débil.
Cada día escribo con mas dificultad.
Ignoro si podré concluir.

Escribo estas últimas líneas en el lecho.
Apenas tiene fuerza mi mano para sostener la pluma.
Tal vez ese hombre no llegue á tiempo.
Oídme por la última vez:
No dudeis de Dios: si sois desgraciados, aceptad resignadamente la desgracia: si Dios os da la felicidad no os hagais indignos de ella; y nunca, oyendo la voz de vuestras pasiones, siguiendo á ese fantasma que se llama honor, echeis sangre sobre vuestra frente; sufrid y perdonad, no sea que os pregunte Dios cuando en un momento de desesperacion le pidais cuenta de vuestra desgracia:
¡Cán! ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

Aquí concluian las Memorias del loco.

Tuve la tentación de esclarecerlas, pero me detuvo el temor de encontrar en el esclarecimiento de estas Memorias algo demasiado horrible.

Si hemos presentado á nuestros lectores una obra incompleta, perdónennos, porque no hemos podido hacer mas.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 238, 239, 241, 242, 243 y 244.)

Entre los varios pintores belgas que han enviado cuadros á la exposicion de Paris, figura en primera línea M. STEVENS (Alfredo). Su obra principal titulada *Consuelo*, representa una viuda acompañada de su hija, ambas vestidas de luto, visitando á una señora cuyo traje vistoso y elegante contrasta con el color negro que cubre á las primeras. Todas las oposiciones á que se presta el asunto se hallan perfectamente comprendidas. Después de esta escena sentimental vienen dos cuadros donde la accion es insignificante.

M. WILLEMS tuvo un día una linda vision de una jóven rubia vestida de raso blanco, y se enamoró de la sedería y de la cabellera hasta el punto de repetirla constantemente en sus composiciones. Cuatro cuadros ha expuesto M. Willems y en todos ellos se encuentra la figura susodicha. Por primera vez vemos en Paris las obras de este jóven; pero le aconsejamos que si quiere interesar al público, debe ser mas variado, debe dar expresion á las fisonomías y evitar esos tonos pesados que se notan en la ejecucion de los vestidos.

M. VAN MOER ha expuesto tres vistas de Venecia, á saber: el *Canal de San Juan y San Pablo*, — la *Puerta de entrada del palacio ducal* y un *Interior de la iglesia de San Marcos*. Todas ellas tienen un brillo excesivo que daña la vista. Sin embargo, esto está en la verdad: son fragmentos de Venecia fotografiados mas bien que pintados.

M. DILLENS demuestra mucha naturalidad en su *Fiesta de aldea* y en el *Interior de una quinta*; solo se le puede decir que sus frescas y rubicundas figuras tienen un aire de familia. — M. BLÉS de la Haya, conocido ya en

Paris por varias composiciones en que se descubre mucho espíritu de observación y cierta originalidad, ha exagerado la sequedad de su ejecución en su *Ramilletera*, donde ha repetido sus mismas cabezas femeninas.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. CABANEL. *Otelo contando sus batallas*. — En nuestro artículo del núm. 243, hemos dicho ya cuatro palabras sobre este artista. El cuadro que hoy reproducimos se resiente de los defectos peculiares á este pintor, falta de animación y de originalidad. Otelo está de pie en el balcón de un palacio veneciano; Desdemona sentada á los piés de su padre alza el cuello de un modo violento y escucha con avidez sus palabras. El pérfido Yago con su vestidura encarnada se halla medio oculto en un rincón. El único personaje que tiene un poco de individualidad, es el padre de Desdemona: escucha atentamente, y sus labios contraindican el enojo que comienza á causarle la prolonga-



Exposicion de 1857. — Otelo contando sus batallas, cuadro por M. Cabanel.

da relacion que ha provocado. Otelo es un moceton muy poco shakspeariano. La ejecución acusa bastante esmero.

M. VALERIO. *Músicos tsiganos (Hungria)*. — Los tipos de gitanos que se ven en esta composición de M. Valerio, forman parte de la interesante colección etnográfica recogida por el artista en los Estados de Austria. Nada más característico que esos parias esparcidos por todo el mundo en cada país con un nombre diferente: M. Valerio nos ha pintado una cuadrilla de ellos que ganan su vida ejecutando una música tan salvaje como sus personas. Además de este cuadro en que se nota un tono vigoroso aunque algo pesado, el artista ha expuesto varias aguadas representando aldeanos de los países que ha recorrido.

M. GIRAUD (Eugenio). *El caballero*. — El ginete que se alza sobre sus estribos para contemplar á menos distancia la fisonomía expresiva de esa jóven, la andaluza que se sonríe en su balcón, el sol que lo ilumina todo, y el estilo franco con que M. Giraud interpreta esa escena de luz tan viva, hacen de ese

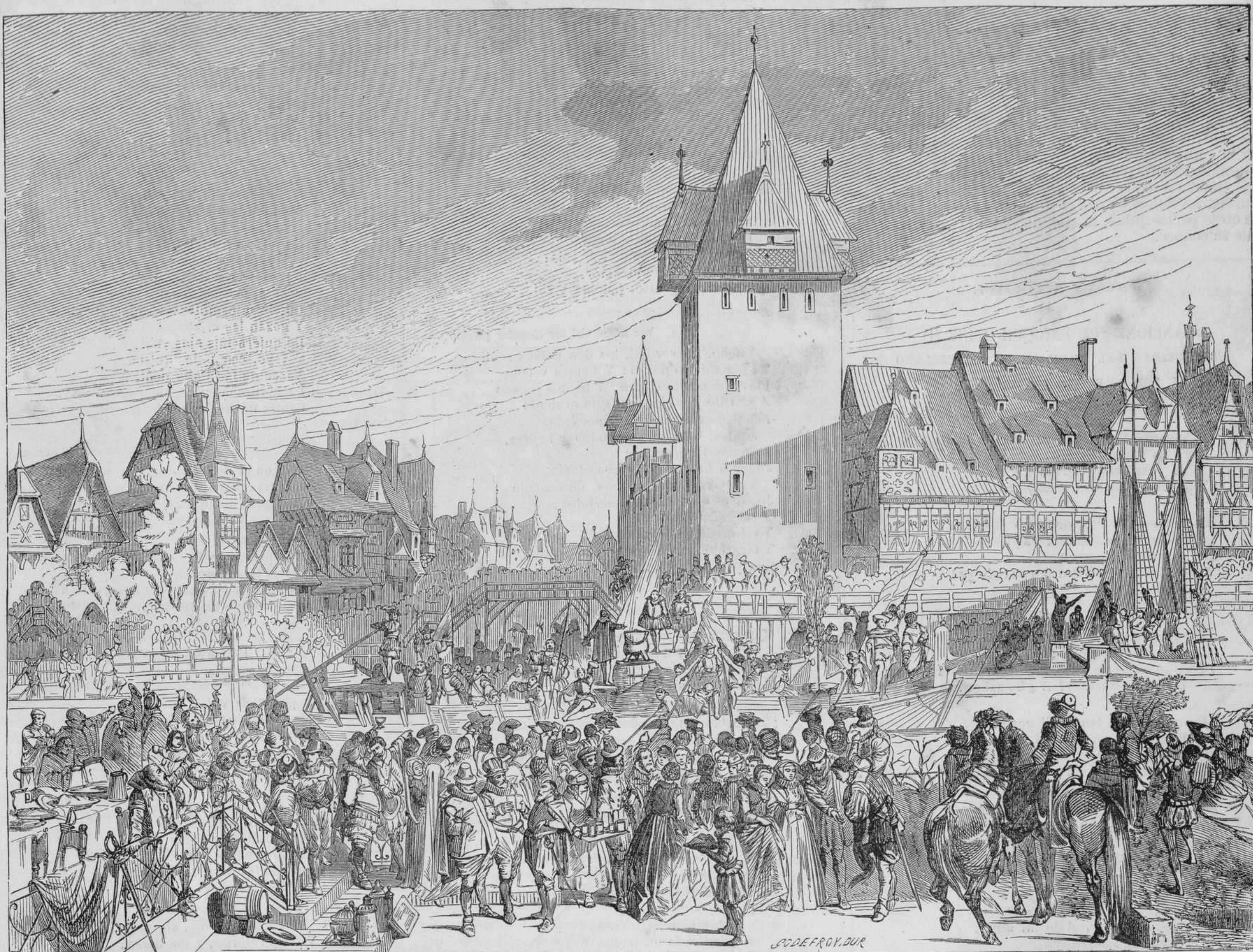
cuadrito una cosa agradable á la vista y que no debe ponerse en tela de juicio. Sin embargo, al recordar que M. Giraud alcanzó en 1826 el gran premio en Roma por el grabado, quiere uno buscar alguna analogía entre su modo de ma-



Músicos tsiganos, cuadro y dibujo por M. Valerio.



El caballero, cuadro y dibujo por M. E. Giraud.



Exposición de 1857. — Llegada á Estrasburgo de los tiradores de Zurich para el gran tiro federal celebrado en 1576, cuadro por M. T. Schuler.

nejar hoy el pincel y el trabajo paciente del buril que ha abandonado. La única relación que se observa es la franqueza y la precisión de la imagen no se ve una cosa estudiada como podía esperarse de un grabador, sino por el contrario una cosa de idea, tratada sin misterio. Es una cualidad brillante.

M. SCHULER. Llegada á Estrasburgo de los tiradores de Zurich para el gran tiro federal celebrado en 1576 y su recepción por los delegados. « Unidos con los de Estrasburgo los de Zurich, queriendo probar á sus buenos amigos con qué rapidez acudirían en su socorro si llegara el caso, bajaron el Rhin en un solo día de Zurich á Estrasburgo. » M. Schuler es conocido ya como un artista de mérito. El cuadro reproducido aquí forma una composición complicada, cuyas numerosas figuras están tratadas con cuidado, si bien pierden mucho de su interés por su misma multiplicidad, pues en pintura y en escultura, el interés, en vez de ir creciendo



Familia de pescadores en la Laponia sueca, cuadro por M. Hockert.

con el número de figuras, disminuye. Así se explica cómo las batallas por bien pintadas que estén, dejan en el ánimo del espectador una impresión tan poco duradera. El tumulto de un combate, el brillo y el movimiento de una fiesta, son simplemente espectáculos, en tanto que algunas figuras reunidas, una sola cabeza á menudo pueden ser ocasión de un drama mas íntimo, y en todo caso constituyen imágenes precisas que se graban mejor en la memoria.

M. HOCKERT. Familia de pescadores en la Laponia Sueca; traje de verano. — ¿ Si tal es el traje de verano, como será el del invierno? Mucho cuesta creer que habite gente en climas tan inhospitalarios. Esta reproducción del interior de una cabaña lapona, ha sido tratada por el artista sueco con una exactitud concienzuda, y para que los detalles sean bien inteligibles ha adoptado grandes dimensiones. La pincelada es franca, sólida y de un tono oscuro vigoroso, aunque demasiado

uniforme. Las cabezas no se hallan trabajadas con detención y están por decirlo así, sacrificadas; apenas parecen alumbradas una cabeza y una mano en medio de la atmósfera oscura de la choza. Con dificultad se distingue al pescador lapon sentado en primer término y ocupado en fabricarse unas redes. Pero la jóven con su vestidura pintoresca, velando cariñosa la cuna aérea de su hijo, da un interés particular á esa escena de una vida triste. Bajo la inclemencia del cielo, bajo las ásperas condiciones que ella impone, bajo la muerte de la naturaleza cuando vuelva el largo invierno, esa humilde cabaña es el santuario de una familia, que allí como en todas partes abriga los temores, las esperanzas, los dolores y las alegrías de la vida, y mas que en otras partes quizá, la resignación á la única ventura que se conoce.

J. D. P.

Poesía alemana.

CANCIONES DE ENRIQUE HEINE (1)

TRADUCIDAS DEL ALEMÁN AL CASTELLANO

POR D. E. FLORENTINO SANZ.

Wenn Zwei von einander scheiden

Al separarse dos, que se han querido,
¡Ay! las manos se dan;
Y suspiran y lloran,
Y lloran y suspiran mas y mas.

Entre nosotros dos, no hubo suspiros
Ni hubo lágrimas... ¡Ay!
Lágrimas y suspiros
Reventaron despues... muy tarde ya!

Warum sind denn die Rosen so blass

¿Porqué, dime, bien mio, las rosas
Tan pálidas yacen?
¿Porqué están en su césped tan muertas
Las violas azules?... ¿Lo sabes?

¿Porqué, dime, tan flébil gorjea
La alondra en el aire?
¿Porqué exhalan balsámicas yerbas
Hedor de cadáver?

¿Porqué llega tan torvo y sombrío
El sol á los valles?
¿Porqué, dime, se extiende la tierra,
Cual sepulcro, tan parda y salvaje?

¿Porqué yazgo tan triste y enfermo
Yo propio?... ¿Lo sabes?
¿Porqué, aliento vital de mi alma,
Porqué me dejaste?

Die Mitternacht war kalt und stumm

¡Ay! á la media noche, muda y fria,
Solo gemí del bosque entre las sombras,
Y de su sueño recordé á los sauces,
Que inclinaron de lástima sus copas.

Sie haben mich gequaleet

Me hacen mudar de colores,
Me atormentan sin cesar,
Con sus rencores los unos,
Y con su amor los demás.

Me han envenenado el agua,
Me han emponzoñado el pan,
Con sus rencores los unos,
Y con su amor los demás.

Pero ¡ay! la que mas tormentos
Y mas angustias me da,
Ni rencor me tuvo nunca,
Ni amor me tuvo jamás.

Ich hab' im Traum geweinet

En sueños he llorado...
Soñé que en el sepulcro te veía...
Despues he despertado.
Y continué llorando todavía.

En sueños he llorado...
Soñé que me dejabas, alma mía...

(1) Este poeta prusiano, el primero sin duda entre los líricos alemanes, se ha hecho ya popular en casi toda Europa, y sus poemas cortos (á cuyo número pertenecen los que hoy empezamos á publicar) puestos en excelente música, se cantan en toda Alemania. Los amantes de las letras lloran la muerte de Heine, acaecida el año último en París, donde este poeta residió largo tiempo, enfermo y posado en la cama, en que ha pasado los últimos años de su vida.

Nadie mejor que el señor Sanz pudiera ser el intérprete español de Heine, por los muchos puntos de contacto que existen entre estos dos poetas, según podrán notar nuestros lectores al reparar algunas de estas canciones, que aun traducidas del alemán, parecen mas bien en origen es del autor del *Quevedo* y *Achaques de la vejez*. A ofrecérlas á los suscritores del *Correo de Ultramar*, tenemos la satisfacción de ser los primeros en demostrar al público que la residencia del señor Sanz en Alemania como agente diplomático, no será es. e. il. par. las letras españolas, que ya miran en él con tanta razón uno de sus mas dignos representantes.

(Nota de la Redacción.)

Despues he despertado,
Y aun mi lloro amarguísimo corria.

En sueños he llorado...
Soñé que aun me adorabas, y eras mía...
Despues he despertado
Y lloré mas... y aun lloro todavía.

Die Rose, die Lillie, die Taube, die Sonne

Por rosa, lirio, paloma y sol
Sentí yo un tiempo dichoso amor!...
Ya no lo siento. — Que es Ella
La que amo no mas ahora;
Ella, la linda, la esbelta,
La pura, la... en fin, la sola;
Ella, venero de todo amor,
Que es rosa y lirio, paloma y sol.

Wir haben viel für einander gefühlt

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido
Tú por mí, yo por tí! Y hemos vivido
Llevándonos tan bien! Y hemos jugado
A marido y mujer, sin que arañado
Nos hayamos jamás, ni sacudido.
Juntos, en risa y regodeo y broma,
Supimos tiernamente
Jugar á beso-daca y beso-toma.
Y, cosas de muchachos, de repente
Jugar al escondite resolvimos;
Y tal jugado habemos,
Y tal maña nos dimos,
Y tan rebien al fin nos escondimos,
Que ya nunca jamás nos hallaremos.

Vergiftet sind meine Lieder

¡Que están emponzoñadas mis canciones!...
¿Y no han de estarlo, dí?
Tú de veneno henchiste, de veneno,
Mi vida juvenil.

¡Que están emponzoñadas mis canciones!...
¿Y no han de estarlo, dí?
Dentro del corazón llevo serpientes,
Y á mas, te llevo á tí.

Du hast Diamanten und Perlen

Tienes diamantes y perlas,
Y cuanto hay que apetecer;
Y los mas hermosos ojos...
¿Qué mas anhelas, mi bien?

A tus ojos hechiceros
He dedicado un tropel
De canciones inmortales...
¿Qué mas anhelas, mi bien?

Con tus hechiceros ojos,
¿Cuál me has hecho padecer!...
Y me has arrojado á pique...
¿Qué mas anhelas, mi bien?

Gekommen ist der Mai

Ya vino mayo; con mayo tornan
Plantas y troncos á florecer,
Y en la azulada region del cielo
Nubes de rosa cruzar se ven.

Y entre el ramaje de la espesura
De ruiseñores canta el tropel;
Y los cordeos de albos vellones
Por la verdura triscan tambien.

Y yo en la yerba, porque los males
Mi voz ahogando, baidan mis piés!...
Y oigo á distancia vagos rumores
Y sueño á veces... yo no sé qué!

Ich liebe eine Blume, doch weiss nicht welche

Hay una flor que adoro, mas por mi mala estrella,
No se cuál es mi flor;
Yo miro una por una las copas de las flores,
Buscando un corazón.

Dan á la tardecita las flores su perfume,
Su canto el ruiseñor...
Un corazón quisiera, tan bello como el mio,
Tan bello de pasión!

El ruiseñor gorjea... Yo entiendo los gemidos
De su armoniosa voz...
A entrambos nos aflige tal dolor y tal pena,
Tal pena y tal dolor!...

Ich hätte ihr die Augen zu

Siempre le cierro los ojos
Cuando la beso en la boca;
Y ella, por saber la causa,
Con mil preguntas me acusa.

Y á cada instante me dice
Desde la noche á la aurora:
¿Porqué me cierras los ojos
Cuando me besas la boca?

Yo no le digo el porqué,
Ni lo sé yo propio ahora...
Mas yo le cierro los ojos
Para besarla en la boca!

Die Welt ist so schon

Es el mundo tan hermoso,
Y es tan azulado el cielo!...
Y exhalan tan suavemente
Su álito puro los céfiros!
Y señas se hacen las flores
Del valle, de flores lleno;
Y en el matinal rocío
Quiebran cambiantes reflejos!
Y gozan las criaturas
Do quiera mis ojos vuelvo...
Y yo, con todo, quisiera
Yacer de la tumba dentro
De la tumba, y replegarme
Contra un amorcito muerto.

Ein Fichtenbaum steht einsam

Solitario en el Norte se alza un pino
Sobre arrecida altura soñoliento;
Con su manto blanquísimo le embozan
Nieves y yelos.

Con una palma sueña, que al Oriente,
Solitaria tambien, y lejos, lejos,
Padece silenciosa, entre peñascos
Que brotan fuego.

EL MENSAJE.

Mein Knecht! steh' auf und sattle schnell

¡Sus! servidor, y enjaeza
Mas que á paso tu alazan;
Y ¡arriba! y por la maleza
Galopa á la fortaleza
— Del rey Cristian.

Y con maña te desliza
En la real caballeriza,
Y sonsaca, por quien soy,
Al palafrenero real,
Cuál de las princesas, cuál,
Se casa hoy.

Si fuere la rubia, al punto
Ven de retorno, y me avisa;
Si la morena... El asunto
— No corre prisa;

Y en tal caso, lo primero
Al maese cordelero
Compra un cordel, al pasar;
Monta luego en tu corcel,
Y despacio, y sin chistar,
Tráeme el cordel.

Madrid 1º de mayo de 1857.

Revista de Paris.

En una de las últimas fiestas nocturnas del Pré Catelan que es en la actual temporada el punto de reunion del mundo elegante, se presentaron en una carretela con un tronco de caballos soberbios dos personas, un hombre y una mujer de edad avanzada, que contemplaban las maravillas del eden parisiense con un asombro poco disimulado. No tardaron en llamar la atención de la gente, tanto por su cándida admiración, como por su tren y su lujo en desacuerdo con su aire rústico y sus modales de aldea. Su historia debía saberse pronto; á la otra mañana los periódicos de Paris traian largos y curiosos pormenores sobre el golpe de fortuna que llevó de la miseria á la riqueza á nuestros dos personajes.

Hace cosa de treinta años un viejecillo achacoso, decrepito y cubierto de harapos, caminaba de pueblo en pueblo con un palo en la mano y á la espalda un fardo de cuero que encerraba los artículos de su comercio miserable. Nadie sabia ni cómo se llamaba aquel hombre, ni cuál era su procedencia, ni cuántos sus años, porque de larga data el encorvado anciano era conocido en las aldeas con aquel mismo aspecto. Muchos le tenían por brujo, y todos veian en él un personaje misterioso cuyas mercancías purificaban con agua de la Iglesia, y á quien concedian hospitalidad mas por temor que por lástima.

Nuestro hombre asustó con su muerte á todo el mundo, pues lo mismo los viejos que los jóvenes le habian creido eterno. Sin embargo, su defunción ocurrida en 1826 en casa de un labrador en Bonneuil del Sena, no le libertó de su mala fama; al contrario se convino por unanimidad en que era un brujo, y que habia sido llamado á ajustar cuentas.

En el cortijo donde expiro este Matusalen de los buhoneros se hallaba por entonces de criada una jóven de diez y siete años llamada María, que dominando la repulsión que el anciano inspiraba á todo el mundo, se habia constituido

su enfermera, y le había prodigado cordialmente todos los socorros que reclamaban su edad y su triste posición.

Para recompensarla de su obra misericordiosa, el moribundo cuando se sintió en los últimos instantes, llamó á la doncella, sacó del fondo de su fardo una cajita cerrada con llave, y se la entregó diciéndola estas palabras:

— Toma este cofrecillo, hija mía, que encierra la prueba de mi gratitud; pero me tienes que hacer una promesa.

— ¿Cuál es? preguntó María.

— La de no hacer uso de lo que contiene sino en caso de necesidad absoluta.

— Lo prometo; mas ¿no puedo saber?...

— No; te diré solo que aquí dentro está la fuente del bien y del mal.

Las preocupaciones contra el viejo se hallaban tan arraigadas en la comarca, que la moza, si hubiera seguido su primer impulso habría seguramente arrojado al fuego la caja misteriosa que, á su juicio, debía encerrar algún talisman diabólico; pero después de pensarla con detenimiento, mudó de opinión y corrió á esconderla en lo mas hondo de su cofre, donde durante mucho tiempo permaneció intacta.

María se casó algunos años después con un albañil, y como la posición del matrimonio llegara á ser sumamente triste, hubo de acordarse un día del regalo que la hizo el buhonero, y reveló á su marido que poseía un preservativo contra la miseria, contándole de qué modo había llegado á sus manos. Dicho esto, corrió á buscar el cofrecillo.

El albañil, juzgando cuerdamente que había llegado el caso de probar la eficacia del preservativo, abrió la caja y se quedó atónito al encontrar en ella unos doscientos pesos en monedas de oro, con una porción de pedacillos de cristal turbio, que todos tenían rótulos de papel con letreos que el hombre no comprendía. Al punto se apoderó de la moneda corriente, pero desdeñó aquella cristalería diabólica que dejó en el cofrecillo.

Mas de veinticinco años han trascurrido desde entonces, y durante ese tiempo muchos cambios llegaron á ocurrir en la posición de los herederos del buhonero difunto. Efectivamente, con los doscientos pesos de la caja habían comprado algunas tierras, y la fortuna les fué propicia un poco de tiempo; pero después llegaron las desgracias: la pobre María tuvo una enfermedad larga y penosa que consumió todos los recursos del matrimonio; tuvieron que tomar prestado, y las cosas llegaron hasta el punto de que hace pocos días practicaban en su humilde choza un embargo por cuenta de los acreedores.

Ya habían hecho el corto inventario de los muebles y de la ropa, y examinaban para clasificarlos una porción de objetos diferentes, cuando el alguacil al levantar una cajilla cubierta de polvo, nota que suena algo por dentro.

— ¿Qué hay aquí? pregunta al marido.

— ¡Oh! no es nada, contesta el pobre hombre que miraba con un dolor profundo la operación que llevaba á cabo la justicia.

Pero el alguacil abre el cofrecillo cuya cerradura estaba desclavada, y viendo los cristales, toma uno de ellos, le limpia, le examina con atención, y por último le rasca con la punta de su cortaplumas.

— ¿De dónde le ha venido á Vd. esto? pregunta al albañil después de haber concluido su examen.

El aldeano le cuenta la historia de la caja.

— ¿De modo que no sabe Vd. lo que es?

— No por cierto.

— Pues tiene Vd. aquí nada menos que una colección de diamantes.

— ¡Diamantes! ¿Qué dice Vd.?

— Lo que Vd. oye; diamantes en bruto.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y cuál es su valor?

— No podría decirlo exactamente, pero valen muchos miles.

El aldeano y su mujer no podían figurarse en efecto que aquellos cristales empolvados pudieran venderse en un maravedí; pero se rindieron á la evidencia al ver que el alguacil suspendió inmediatamente el embargo, ofreciendo por la mas pequeña de aquellas piedrecillas una cantidad que era el doble de lo que necesitaban para pagar sus deudas.

Cien veces María y el albañil habían estado á punto de arrojar de su casa el cofrecillo como un estorbo, cuando encerraba para ellos la fortuna que hoy les proporciona en París una vida de lujo y de placeres.

Desde que el mundo es mundo la suerte se complace en procurar á los mortales estos cambios que vienen á compensar los que reparte sin duda con mas profusión en sentido opuesto la misma divinidad caprichosa y ciega como la pinta la fama. Hé aquí otro caso quees una prueba mas de la prodigalidad con que distribuye sus favores.

Un pobre cómico de la legua había sido ajustado para la temporada de estío en París en uno de los teatros mas inferiores, gracias á la escasez de artistas que se nota siempre en esta época fatal para las empresas teatrales. Poco tiempo hacia que trabajaba en la humilde escena adonde le había llevado el acaso, cuando recibió una carta en que le suplicaban se presentara en casa de la marquesa de ***, hospedada provisionalmente en una habitación elegante del barrio de la nobleza.

La invitación le sorprendió en extremo, pero reflexionando bien, pensó haber encontrado una explicación al misterioso mensaje. La marquesa le había visto sin duda en algún teatro de provincia, ó bien desde su llegada á la capital se había enamorado de él con una pasión invencible y estaba á punto de ser el héroe de una de esas novelas que abundan en las crónicas del teatro.

La conjetura era bastante satisfactoria para que el pobre cómico se entretuviera en hacer otra, y á la siguiente mañana vestido con su traje mas elegante de galán joven se presentó en la casa que le designaron.

La morada era suntuosa. Un lacayo le introdujo en un sa-

lon magnífico donde esperó algunos minutos, y luego le suplicó que pasara á otro salon mas brillante aun que el primero donde le esperaba la hermosa marquesa.

Aquí el recién llegado apenas pudo contener las manifestaciones de su asombro; la persona que tenía delante era una actriz, una compañera suya.

La dama guardó un instante silencio, examinó con graciosa sonrisa la conmoción que se pintaba en el rostro del cómico, y al fin exclamó:

— ¿Con que no me conoce Vd.?

Entonces estalló la sorpresa.

— ¿Es Vd. Sofía de X...?

— La misma, amigo mío.

— Pero ¿y la marquesa de ***?

— Soy yo.

— ¿De veras?

— Muy de veras; ¿no sabe Vd. mi historia?

— No seguramente; nunca supimos en la compañía mas que su principio.

— Pues la va Vd. á saber entera.

Y la dama contó extensamente la historia que en sustancia es como sigue:

Sofía de X... salía por primera vez á las tablas hace cuatro años en un teatrillo de provincia. Hija de un músico que se encontraba en una posición regular, había recibido una educación bastante esmerada. A diez y ocho años se quedó huérfana y sin otro recurso que la vocación que la llamaba al teatro. Era una muchacha muy linda y no carecía de talento, de modo que obtuvo algunos triunfos en la comedia.

Sus gracias la valieron muchos homenajes, pero ella se propuso desde un principio no apartarse del camino de la virtud, y ni lisonjas ni grandes ofrecimientos pudieron desviarla de su propósito. Pretendientes mas modestos la pidieron su mano, entre otros el galán joven de la compañía, pero tampoco el matrimonio tenía entonces para ella grandes atractivos. En suma, su corazón parecía ser tan inaccesible como su virtud, y sin embargo muy en breve el amor debía reclamar en él sus derechos.

Un extranjero que visitaba la Francia, acertó á pasar por el pueblecillo en cuestión, fue al teatro y se enamoró de Sofía que desempeñaba aquella noche uno de sus papeles mas graciosos. Era el extranjero un joven belga, hermoso, noble y rico; hizo sus proposiciones, las desecharon y marchó; pero no se habían pasado dos meses cuando ya estaba de vuelta declarando que la ausencia no había hecho mas que aumentar su fuego.

La actriz habría podido responderle que ella por su parte no había cesado un momento de pensar en él, y que su presencia la colmaba de alegría; pero aguardó para hacer esta confesión á que el marqués de *** añadiera:

— Quiero que seas mi mujer; vente á Italia y allí nos casaremos.

— Confío en su palabra de Vd., respondió ella; vámonos.

La temporada tocaba á su término: Sofía obtuvo permiso del empresario, y partió con el marqués que se apresuró á cumplir su promesa. Había querido evitar las murmuraciones de la gente y la oposición de su familia, y advirtió á todo el mundo después de consumada la ceremonia.

Los nuevos esposos pasaron dos años en Italia, donde Sofía se familiarizó con los usos del mundo aristocrático perfeccionándose en el papel de marquesa, que es el último que ha estudiado hasta el día. Luego se fue á Bruselas, donde fué recibida en los salones con toda la consideración debida á su nombre, á su talento y hermosura.

Viajando este verano, el marqués y la marquesa vinieron á pasar en París una temporada, y Sofía, al encontrarse en la capital con uno de sus antiguos compañeros quiso verle para pedirle noticias de todos los demás, y para despertar con su vista los recuerdos de esa vida dramática que tiene siempre tantos hechizos aun en sus miserias para aquellos que la practicaron.

El galán joven (que era el mismo que en otro tiempo había pedido su mano) se imaginó, después de haber suministrado á la marquesa todas cuantas noticias le pedia, que ella acabaría por añadir:

— Estos recuerdos me llenan de júbilo; la vida aristocrática me pesa y me enoja; quiero volver con vosotros, abdicar mi título y hacer comedias.

Pero se hallaba muy distante de este desenlace novelesco el ánimo de la marquesa, que podía complacerse en los recuerdos sin querer volver á la realidad.

Terminada la entrevista Sofía se levantó, saludó afablemente á su antiguo compañero, y puso en sus manos una cartera llena de billetes de Banco diciéndole:

— Esta es una ofrenda que hago á los artistas pobres; á Vd. encargo su distribución como Vd. la entienda y como Vd. quiera, con tal que recaiga en cómicos.

La fineza no se podía hacer de un modo mas delicado.

Continuamente se anuncian en París ventas de cartas autógrafas de personajes famosos, y siempre hay abundancia de compradores. En la semana última se han vendido noventa cartas autógrafas de Beranger dirigidas á su amigo Wilhem. ¿No hubiera sido preferible publicarlas para que la prensa hiciera partícipe á todo el mundo de lo que ahora es patrimonio de un hombre solo? Seguramente, pero las manías tienen su despotismo; publicar un autógrafo es profanarle, dicen los fanáticos, que temen la impresión porque con ella desaparecerían sus colecciones.

Esta pasión que tiene sin duda mucho de respetable cuando obra con discernimiento, cae sin embargo por lo comun en los excesos mas singulares y ridículos.

Los aficionados que coleccionan por clases son los mas divertidos. Este solo busca las firmas de los mas grandes criminales: los autógrafos de aquellos hombres que espantaron al mundo y cuyo nombre tienen un brillo imperecedero en los anales de la justicia, son los mas preciosos; los parricidas, los envenenadores y los asesinos al por mayor,

son aquí los grandes personajes: un ladrón, aunque sea José María, es desdeñado.

Otro de mas delicadeza en el gusto no colecciona sino los autógrafos de la gente del teatro; pero prescindiendo de categorías recoge cuanto se presenta, su curiosidad incansable baja del trágico sublime al volatinero, del galán al comparsa.

M. H... es un inglés aficionado á los autógrafos de teatro. Todos sus émulos envidian su rica colección, que consta de una cantidad colosal de cartas escritas en todas las lenguas por todos los cómicos modernos y muchos antiguos, y Dios sabe si abundan las faltas de sintaxis y principalmente de ortografía en todos los idiomas de este gran repertorio.

M. H..., muy conocido por su capricho, llegó á París en la última semana al propio tiempo que en uno de los teatros de la capital salía por primera vez un actor de bastante mérito. El inglés buscó al punto una recomendación, y escribió al cómico con todas las precauciones que usa en caso semejante pidiéndole un autógrafo.

— ¡Un autógrafo! exclamó el actor con asombro. No entiendo... ¿Qué es un autógrafo? Vamos, ese caballero se engaña; no tengo ningún autógrafo que darle. Pero me escribe con tanta urbanidad que merece una respuesta en el mismo tono.

Y efectivamente, tomó la pluma, y con una letra esmerada escribió á M. H... para decirle que lo sentía infinito, pero que con la mejor voluntad del mundo no le podía mandar lo que le pedia.

« En cambio, añadía en su carta y era la conclusion, le envío á Vd. dos billetes para la funcion de mañana en que » trabajo. Es todo lo que puedo hacer en servicio de Vd. »

Al otro dia carta del inglés rebosando gratitud por los dos billetes, y sobre todo por el autógrafo.

El actor se quedó como quien ve visiones: sin saberlo había satisfecho el deseo del inglés; ¡era una cosa extraordinaria!

Por un decreto imperial de fecha 12 de agosto se ha mandado que se entregue una medalla conmemorativa á todos los militares franceses y extranjeros de los ejércitos de tierra y de mar que combatieron bajo la bandera francesa de 1792 á 1815. Esta medalla, cuyo dibujo damos aquí, es de bronce, y tiene por un lado la efigie del emperador, y por el otro la inscripción siguiente: — *Campañas de 1792 á 1815. — A sus compañeros de gloria su último pensamiento. Santa Elena 5 de mayo de 1821.*



El dia 17 de agosto el emperador distribuyó personalmente las primeras de estas medallas á S. A. I. el principe Gerónimo Napoleon, á SS. EE. el mariscal conde Vaillant, ministro de la Guerra, al almirante Hamelin, ministro de Marina, al mariscal Magnan, al mariscal conde Baraguey d' Hilliers, al almirante de Parseval-Deschenes, al duque de Plasencia, gran canciller de la órden imperial de la Legion de Honor, al conde de Ornano, gobernador de los Inválidos, y á varios generales de division y de brigada, almirantes, vicealmirantes y contra-almirantes.

La condecoración lleva el nombre de *Medalla de Santa Elena*. Aunque está creada para premiar servicios de un período de tiempo que parece remoto, ya se ha calculado que tendrán derecho á llevarla mas de cien mil individuos.

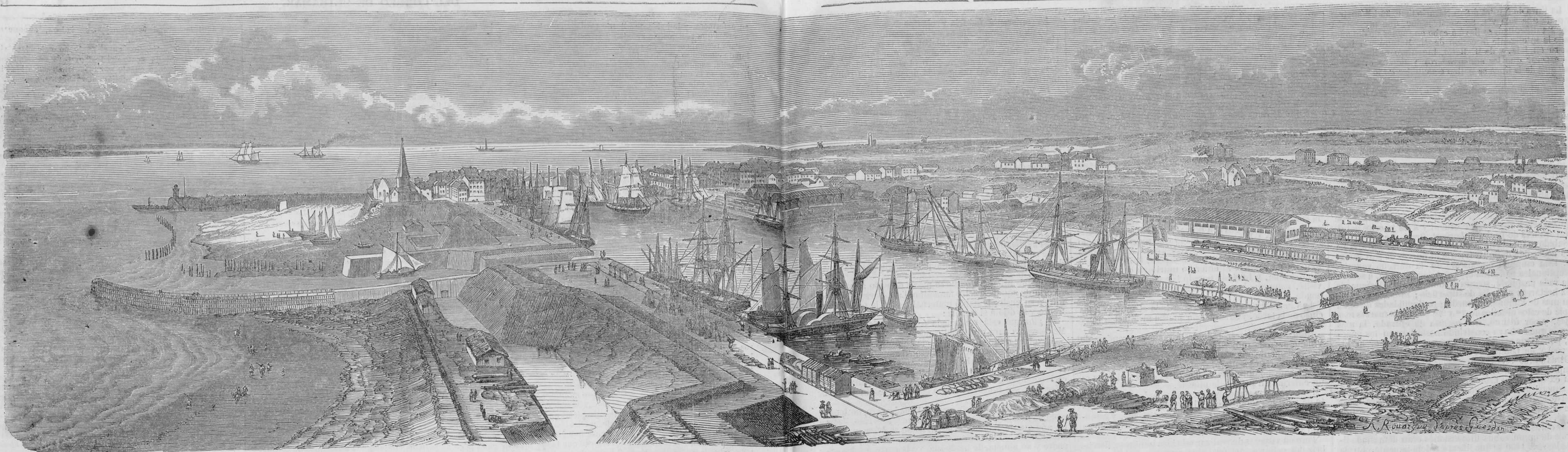
MARIANO URRABIETA.

Ferrocarril de Nantes á San Nazario.

El lunes 10 de agosto se abrió la circulación de la línea férrea de Nantes á San Nazario.

La inauguración tuvo lugar sin ceremonia oficial. El tren directo de París que llega á Nantes á las siete de la mañana, llevó á los señores administradores é ingenieros de la línea hasta San Nazario, donde les esperaba un almuerzo ofrecido por los habitantes de ese pueblo naciente, bajo la presidencia de M. Cherot, negociante.

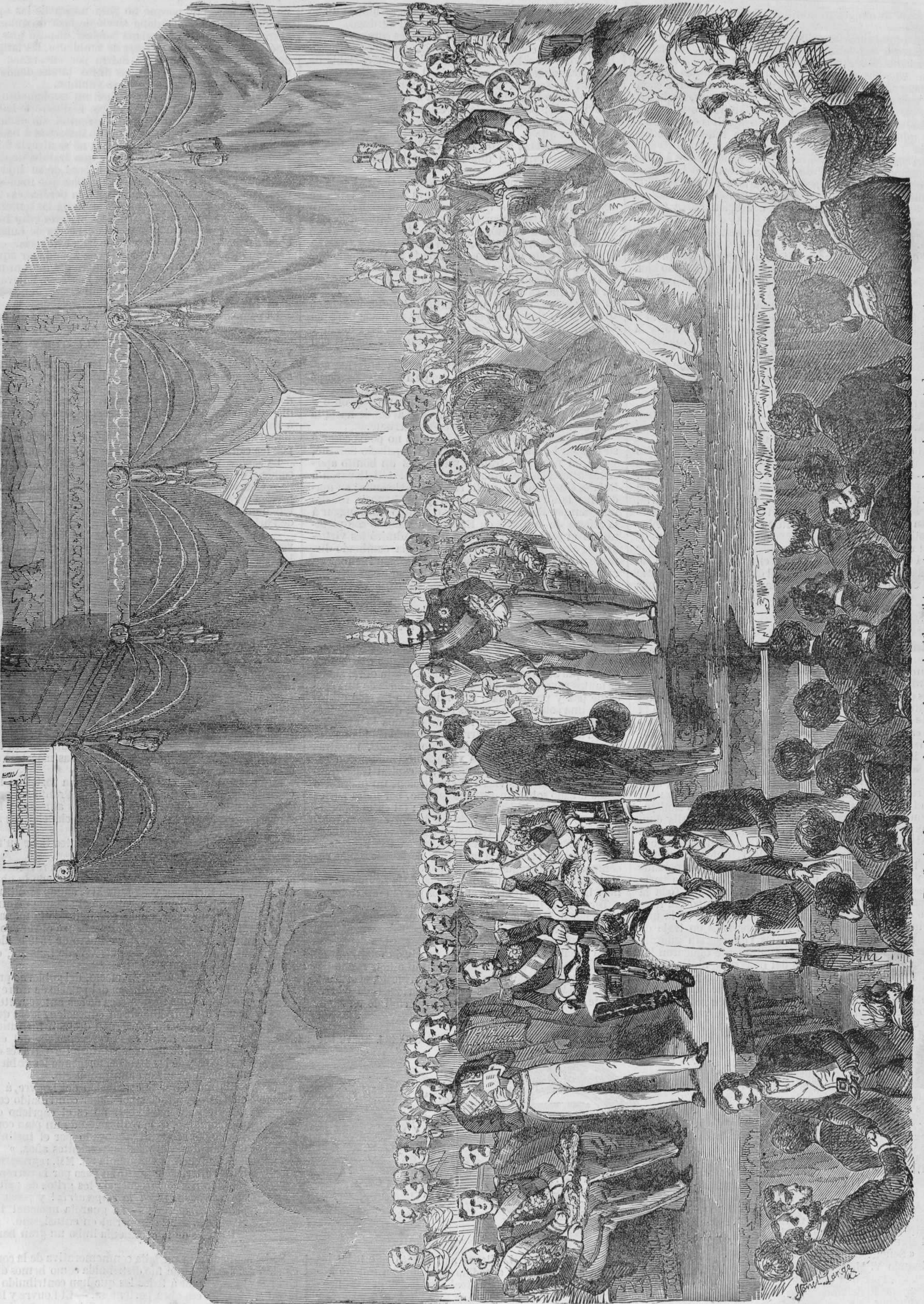
Ciento veinte convidados se hallaban reunidos en el banquete, que concluyó con un brindis muy aplaudido á S. M. Napoleon III.



La dársena y el ferrocarril de San Nazario.



El ferrocarril de San Nazario sobre el muelle de la Fosse, en Nantes.



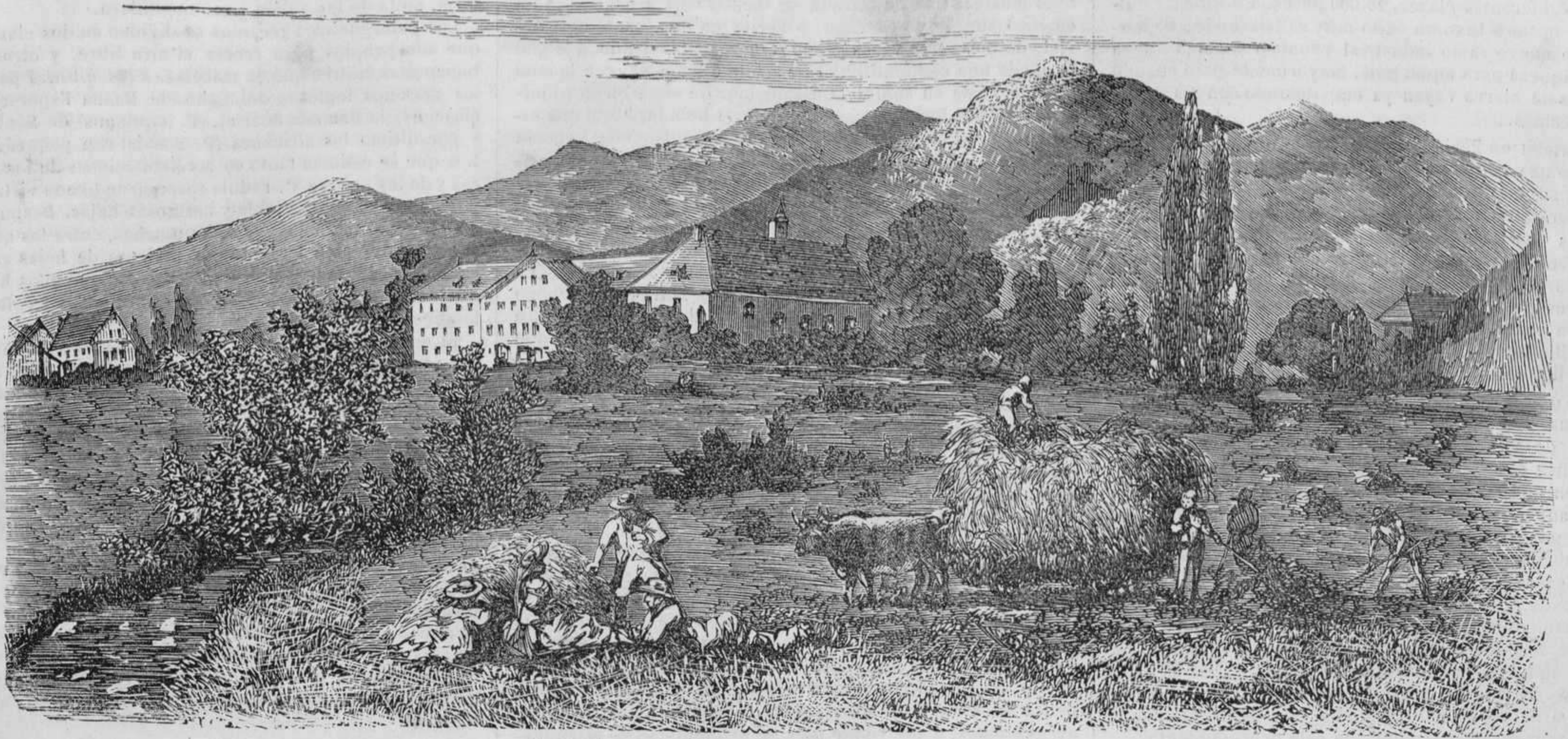
Inauguración del Louvre. — Distribución de recompensas hecha por el emperador á los artistas que tomaron parte en la erección y ornato de ese monumento.



La Asuncion de Rubens, grabado por M. Jourdain.

PHOT. S. BOIS-A. JOURDAIN, SC.

Establecimiento hidroterápico del Hub en el ducado de Baden.



Establecimiento hidroterápico del Hub (ducado de Baden).

Las grandes elevaciones de la Selva Negra, como no toman pié inmediatamente en la llanura, proyectan en el valle badense innumerables colinas, contrafuertes hospitalarios detrás de los cuales se abrigan esos nidos encantadores, joyas del gran ducado de Baden, donde todos los años acuden nubes de bañistas y de viajeros para restablecer su salud, y sobre todo para divertirse.

Entre los pequeños establecimientos de baños donde se vive en familia, lejos del ruido del mundo y sin etiqueta de ninguna especie, se cuenta el del Hub.

Situado en la vertiente occidental de la cordillera principal de la Selva Negra á algunos centenares de metros sobre el nivel de la llanura, el Hub, protegido contra el Norte, se halla encerrado en un valle que se redondea por detrás; las alturas próximas están cubiertas de espesos montes de abetos que forman á la vez una protección contra los vientos y un foco de emanaciones balsámicas.

De esas alturas baja un torrente alimentado por manantiales de aguas vivas, y cuya temperatura no se eleva casi nunca á mas de 12 grados. Esa agua sirve para el tratamiento hidroterápico á que se halla consagrado el establecimiento. Se administra exteriormente, ya en forma de baños de ondas formadas por un brazo del torrente que se hace caer sobre los hombros del bañista sentado en una casilla elegante; ya en forma de chorros de una fuerza variable, y generalmente de todas las maneras usadas en la hidroterapia, como inmersiones, fricciones, etc.; siempre bajo la vigilancia de un médico tan inteligente como experimentado, secundado por un personal bien al corriente de las operaciones, y por disposiciones mecánicas ingeniosamente establecidas.

El Hub posee además de este otro establecimiento termal de una reputación ya muy antigua; el manantial que le alimenta da un agua á 22 grados de una composición análoga al agua de la fuente de Baden, y

ofrece ventajas señaladas para las afecciones pectorales y reumáticas.

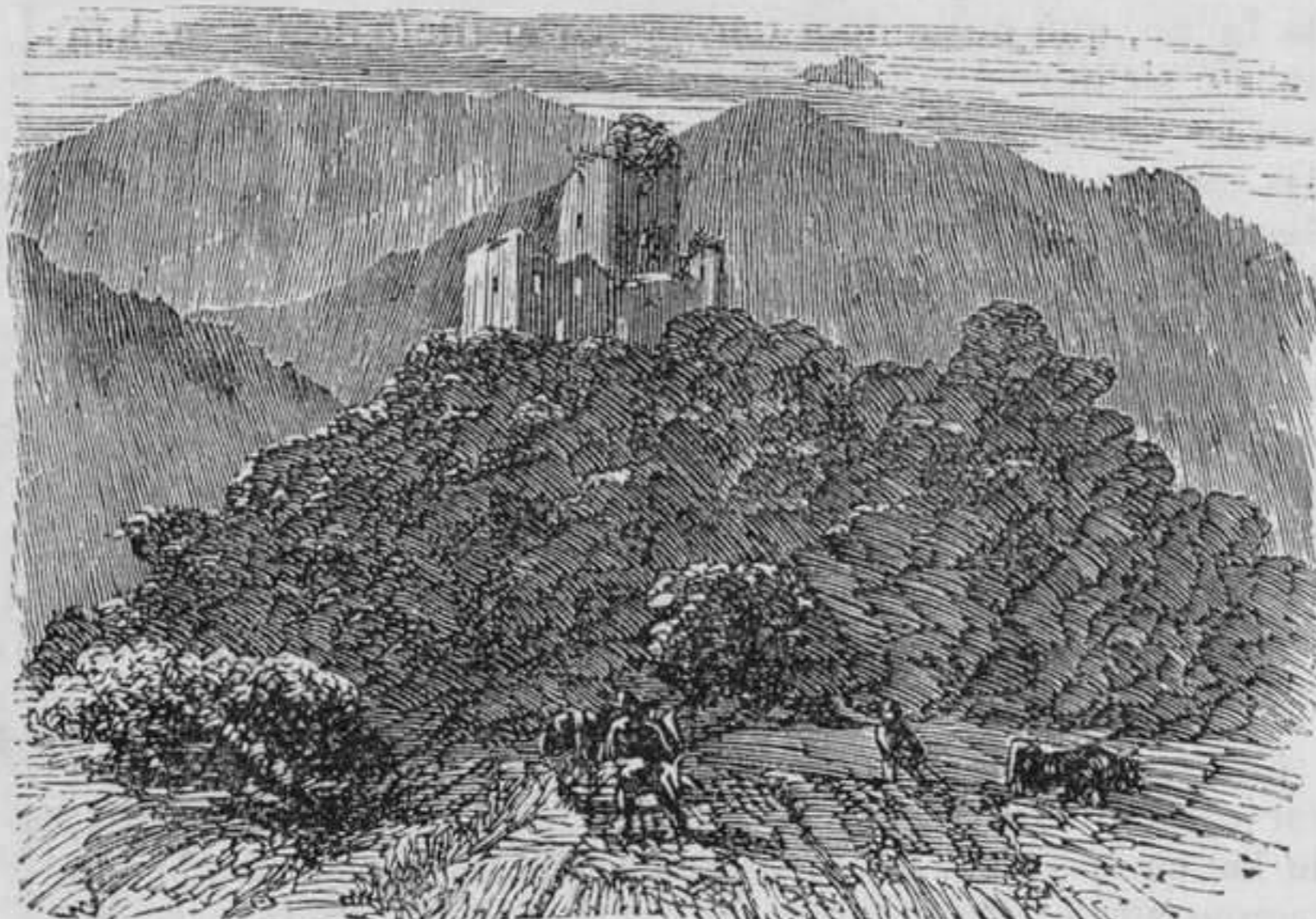
De ese arsenal terapéutico depende un vasto gimnasio, para dar á las diferentes partes del cuerpo los ejercicios que completan el tratamiento. Por último, un rebaño de cabras blancas de Suiza, que vive en la cumbre de los montes y se alimenta de plantas aromáticas, suministra una leche preparada por un pastor del Apenzell, que permite á los enfermos del pecho el emprender sin fatiga su curación, á la cual contribuye mucho la rica uva de las colinas próximas.

En suma, el aire puro y vivificador que se respira en esa comarca, las comodidades que hay en los cuartos del establecimiento, el régimen sano y nutritivo, la vida agradable y pacífica forman con los recursos del tratamiento un conjunto de medios de una eficacia poderosa para muchas enfermedades crónicas, y sobre todo para las neurosis cuyo carácter principal reside en sus alternativas de excitación y de languidez.

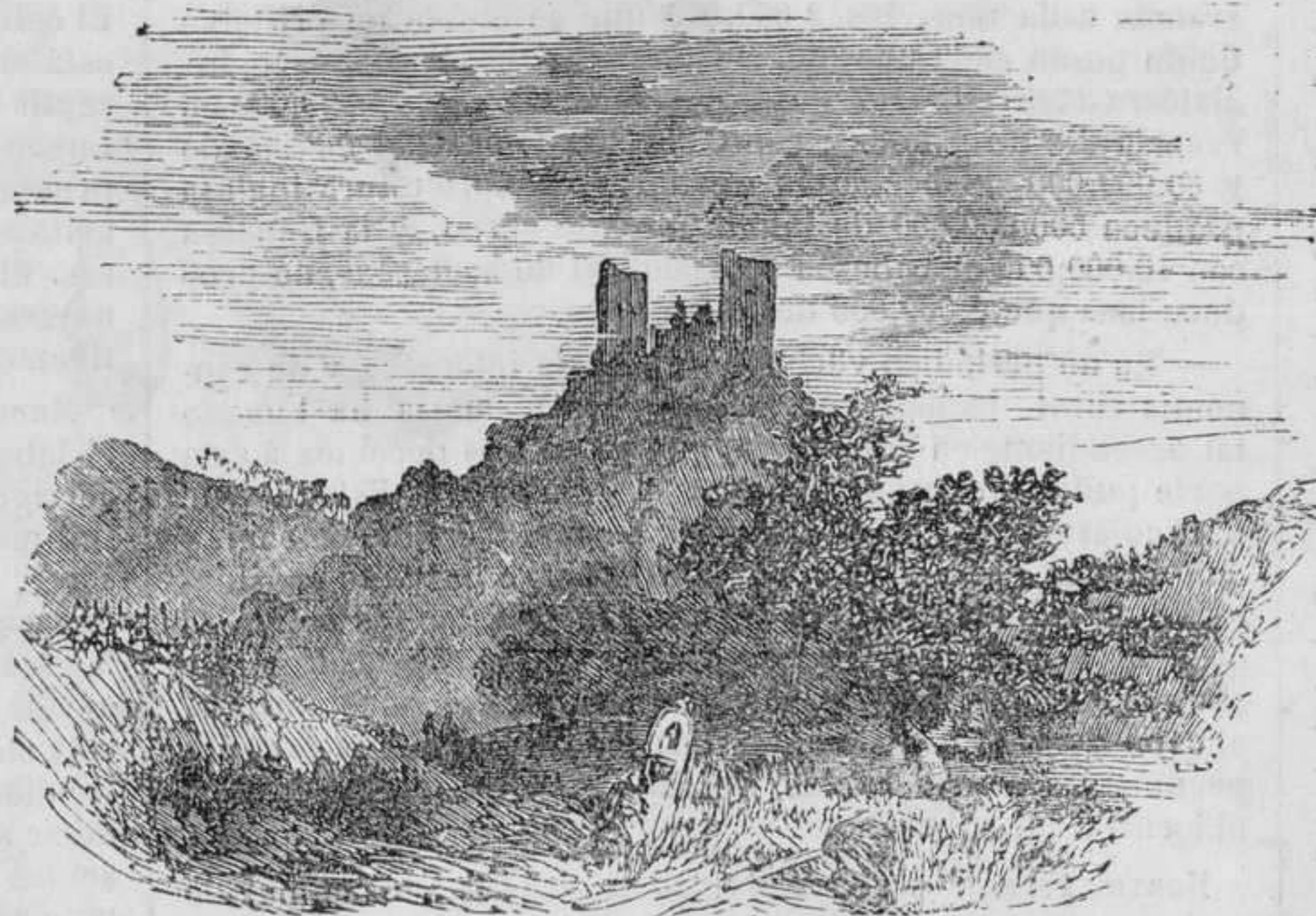
Para los convalecientes, los viajeros y todos aquellos que buscan la emoción de lugares desconocidos, el Hub ofrece un centro admirable. Saliendo de él hacia los cuatro puntos cardinales se hallan: el *Mummelsée* con sus cortes sombríos y fantásticos; el *Wildensée* sublime en medio de su naturaleza grandiosa y desolada; los risueños valles de Kappel y de Seebach con sus innumerables casitas rústicas; el *Brigitten Schloss*; el castillo de Lauf y el castillo de Windeck para los arqueólogos; el baño de Erlenbod, y allí cerca el monumento de Turena, elevado en el sitio mismo donde recibió un golpe mortal aquel capitán ilustre.

Al Este, se ven las rocas de las Cabras, Neusatz, Neusatzek y el curioso monumento de Immenstein.

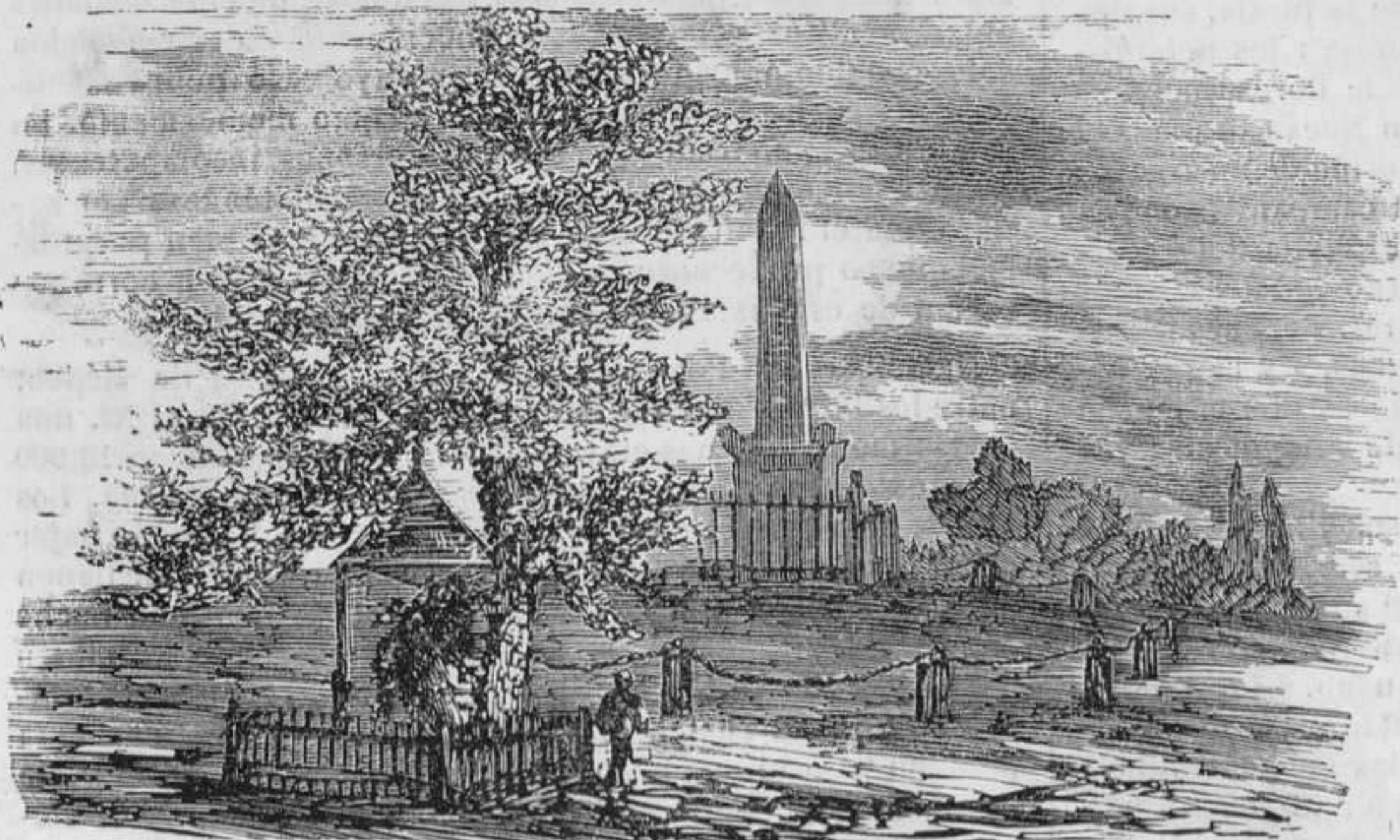
Al Norte, Rastadt, Baden, Steinbach, Rittersbach, patria del arquitecto de la catedral de Estrasburgo, y Buhl, antiguo pueblecillo cuya elegante población femenina baja á los bailes que se dan cada quince días en el establecimiento hidroterápico.



Castillo de Lauf.



Castillo de Windeck.



Monumento de Turena en Sasbach.



El peñón de Immenstein.